

¿CONVERSOS Y COLONIZADORES?*

Los mitos fundacionales del Estado de Israel reposan sobre la noción de que, a lo largo de la historia, los judíos han descendido de un único núcleo etnobiológico de exiliados de Judea que habían sido expulsados de sus tierras ancestrales en los dos primeros siglos de nuestra era. El libro *¿Cuándo y cómo se inventó el pueblo judío?* de Sholomo Sand se propone refutar tales pretensiones de continuidad étnica orgánica sosteniendo que la idea de que los judíos se habían exiliado por todo el mundo mediterráneo era una creación de la Iglesia cristiana –desplazamiento de masas como castigo y recordatorio constante de quién es *Israel veritas*– que fue convenientemente adoptada por los estudiosos judíos del siglo XIX. Sus narrativas de un largo *galut*, «exilio», y, por extensión, del proyecto sionista de «retorno» para reclamar los antiguos territorios, se basan en ficciones históricas.

Contra las mismas, Sand ofrece una historia alternativa en la que el sorprendente crecimiento demográfico de los judíos en el Mediterráneo helenístico fue el producto no de un exilio masivo, sino del enérgico impulso del proselitismo y la conversión que había comenzado bajo el reinado de los asmoneos durante el siglo segundo antes de nuestra era y que se prolongó hasta el siglo IV. Las conversiones fueron también, mantiene Sand, el origen de las grandes poblaciones judías localizadas en los márgenes del mundo helenístico –Arabia, África septentrional y el área situada entre el mar Negro y el mar Caspio–, cuando las corrientes judaizantes se toparon con la represión en los territorios cristianos y se difundieron en las tierras básicamente paganas que circundaban a éstos. Sand acepta con cautela la tesis, previamente popularizada por Arthur Koestler, de que los judíos de Europa oriental –que él y otros denominan la nación yidish– tienen su origen no en la emigración hacia el este de los judíos «alemanes», ellos mismos supuestamente descendientes de exiliados puros de Judea, sino de los jázaros, esto es, de judíos conversos cuyo imperio, localizado en las estepas del Volga-Don, desaparece de los anales históricos

* Shlomo Sand, *Matai ve'ech bumtza ha'am hayebudi?* [¿Cuándo y cómo se inventó el pueblo judío?], Tel Aviv, Resling, 2008, 358 pp.

en el siglo XIII. Esta afirmación tiene implicaciones de gran calado, ya que la nación yidis constituye en gran medida el fundamento real de las dos mayores y más vociferantes comunidades judías de los últimos cincuenta años: la israelí y la estadounidense.

El libro de Sands podría encuadrarse en el género denominado «texto contrahegemónico». Intenta deconstruir el pasado mítico del sionismo para exponer el presente opresivo oculto tras la pantalla de la manipulación y la mentira ideológica y ofrecer una coninterpretación y una visión alternativa del futuro. Como los mejores ejemplos del género, combina una seria interpretación erudita con un filo político explícito: tanto por razones políticas como morales, Sand acucia, Israel debe convertirse en el Estado de sus ciudadanos en vez de ser el Estado del pueblo judío. Radicado en Tel-Aviv, donde enseña Historia, Sands nació en Austria en 1946 y pasó los dos primeros años de su vida en un campo para personas desplazadas cerca de Munich; sus padres eran comunistas judíos polacos que habían sobrevivido al Holocausto. Él y su familia llegaron a Haifa en 1948; en una entrevista concedida en 2004, Sand comentaba: «No diría que la cama estaba todavía caliente, pero creo que, a día de hoy, es obvio que la vivienda había sido abandonada, o había sido coactivamente vaciada, por refugiados palestinos que con toda probabilidad viven hoy en Gaza». Tras combatir en la guerra de 1967, abandonó el Partido Comunista Israelí, que nutría fuertes simpatías por Moscú, y se afilió al Matzpen (Brújula), un grupo marxista antisionista. A mediados de la década de los setenta se trasladó a París para obtener su doctorado sobre George Sorel y Karl Marx en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Pero aunque su formación y primeras publicaciones se centraron en la historia intelectual francesa, durante la última década Sand ha abandonado ese campo para escribir fundamentalmente sobre su propia sociedad y sobre el nexo existente entre cultura, conocimiento y política.

A Sands no le resultan extrañas ni la controversia ni la confrontación. En 1983 tomó parte en un caldeado intercambio en torno al libro de Zeev Sternhell, *Ni droite, ni gauche. L'ideologie fasciste en France*, y posteriormente se atrajo las iras de Claude Lanzmann con su libro en hebreo publicado en 2002 *El cine como historia*, en el que no sólo emitía un juicio demoledor sobre el documental *Shoah* de Lanzmann, sino que también revelaba que la película había sido secretamente financiada por el gobierno israelí. *¿Cuándo y cómo se inventó el pueblo judío?* ha provocado también airados comentarios y logrado un considerable éxito comercial: su edición hebrea fue un éxito de ventas durante varios meses y la traducción francesa, que conoce ya tres ediciones, ha vendido más de 25.000 ejemplares y ganado el Prix Aujourd'hui. Su publicación en inglés en Verso a finales de este año desencadenará con seguridad más debate.

Sand comienza narrando una serie de episodios personales de judíos y palestinos cuyas vidas se cruzaron con la suya de uno u otro modo, lo que sirve como mecanismo de acceso al tema de la «memoria implanta-

da», es decir, las narrativas colectivas que se «asimilan» por cada uno de los miembros de una sociedad dada. A continuación ofrece un análisis interpretativo de la bibliografía más conocida sobre el nacionalismo, la ideología y la identidad y sobre el papel que los intelectuales –especialmente los historiadores– han desempeñado en la creación y diseminación del nacionalismo. Este análisis, que se inspira en el trabajo de Anthony Smith, Ernest Gellner, Benedict Anderson, Carlton Hayes y otros autores, no es ni original ni especialmente profundo, pero tampoco está mal concebido. Su principal significado radica en el hecho de que anuncia desde el inicio la comparabilidad ordinaria del caso judío-sionista-israelí. La sustancia del libro, sin embargo, se ensambla en los siguientes cuatro capítulos, en los que Sand aborda tanto la historiografía como la historia, en ese orden. No contento con deconstruir la moderna historiografía del «pueblo judío» al poner en evidencia su naturaleza ideológica, Sands también intenta ofrecer a partir de los materiales a los que ha accedido, porque el texto no es un estudio primario de la historia judía premoderna, una contrahistoria que fundamente su propia contrapolítica. En conjunto, hace ambas cosas de modo competente y convincente, aunque existen, como veremos, omisiones significativas.

El razonamiento de Sand se despliega en cuatro pasos. En primer lugar, discute críticamente el modo en que el pueblo judío, como una entidad orgánica etnobiológica continua, se inventó al hilo de un proceso que comenzó a mediados del siglo XIX. El objeto de análisis gira aquí en torno a los historiadores judíos alemanes, pero también incluye a aquellos situados al este y al oeste del mundo germánico. Sand identifica correctamente el punto de inflexión crucial en el trabajo de Heinrich Graetz, cuya *Historia de los judíos* en once volúmenes apareció entre 1853 y 1875. (Sand también nos ofrece un interesante análisis del debate público entre Graetz y el historiador prusiano Heinrich von Treitschke, quien consideraba que existía una amenaza demográfica al carácter nacional de la nación alemana procedente de la inmigración judía del este, lo que provocó la intervención liberal del clasicista Theodor Mommsen, que advirtió contra las definiciones en clave étnica de la identidad alemana.) Sands subraya el papel esencial desempeñado en la construcción de tales análisis históricos por el uso del Antiguo Testamento. Desplazándose hacia el presente, nuestro autor muestra después cómo una generación más joven de arqueólogos israelíes, enviados por el Estado a excavar en los Territorios Ocupados después de 1967 a fin de confirmar la narrativa bíblica, irónicamente acabó zarandeando las pretensiones de su veracidad, suscitando dudas en cuanto a si muchos de sus acontecimientos primordiales habían ocurrido en realidad.

La segunda etapa de la argumentación de Sand intenta demostrar cómo la experiencia fundadora del exilio del pueblo judío desde su tierra ancestral fue inventada por la Iglesia cristiana para probar los pecados de sus predecesores monoteístas, siendo asumida posteriormente por los historiadores judíos como uno de los rasgos definitorios de un grupo etno-

nacional perseguido, cuyo errar cesaría únicamente con su «vuelta» a la patria. Sand intenta, a continuación, mostrar que no se produjo política o proceso de exilio forzado de las comunidades conquistadas en el mundo antiguo. De acuerdo con los numerosos historiadores judíos citados por Sand, aunque la caída del Primer Templo fue acompañada por una formidable represión, no acabó en una deportación en masa. El ulterior sometimiento al dominio romano significó más bien una pérdida de poder temporal sobre Judea, una desposesión concreta que posteriormente fue reconfigurada en términos figurativos más amplios como exilio.

Pero si no hubo deportación en masa, ¿cómo explicar la presencia de grandes comunidades judías a lo largo del Mediterráneo helenístico? Al observar que muchas de ellas existían antes del aplastamiento de la gran revuelta judía, Sand sostiene que su espectacular expansión posterior fue sobre todo producto de la conversión antes que de la dispersión. El impulso judaizante conoció su punto culminante en las regiones helenas en el siglo IV de nuestra era, después de lo cual el cristianismo comenzó a prevalecer; pero el ímpetu proselitista, de acuerdo con Sand, continuó posteriormente en los márgenes de ese mundo. Nuestro autor estudia el reino judío de Himyar, ubicado en lo que hoy es Yemen, y la difusión del judaísmo entre los fenicios de Cartago y los bereberes; estos últimos, sugiere, pueden haber sido una de las principales fuentes de las grandes poblaciones sefardíes del norte de África y de la España musulmana.

Su objeto de estudio final, sin embargo, es el reino de Jazar, que dominó la región existente entre el mar Negro y el mar Caspio desde aproximadamente el siglo VII hasta el siglo XII o XIII. No existen casi fuentes documentales directas del janato de Jazar propiamente dicho, pero de las referencias contenidas en las crónicas árabes y en los trabajos de los escritores judíos medievales, parece que al menos los dirigentes y la elite de Jazar se convirtieron al judaísmo durante el siglo VIII, siendo la motivación más plausible para ello la preservación de una cierta independencia frente a Bizancio en el oeste y los califatos musulmanes en el sur y en el este. Tras examinar las fuentes históricas, Sand discute el destino de Jazar tanto en la historiografía sionista-israelí como en otras –trabajos soviéticos fundamentalmente– y avanza la tesis de que los judíos de Europa oriental descendían de los restos de la población jázara que emigraron hacia el oeste tras la invasión mongola. Aunque Sand cita el trabajo de numerosos historiadores que han llegado a la misma conclusión, la base empírica para esta tesis es muy somera, sustentándose en uno cuantos nombres de lugares y en laxas inferencias temporales: por ejemplo, Sand indica que «el Estado jázaro colapsó en un momento previo a los primeros indicios de la presencia de los judíos en Europa oriental, por lo que es difícil no conectar ambos hechos». Sand tiene razón, sin embargo, al observar la aversión del *establishment* histórico israelí al estudio de los jazaros y otros reinos conversos, especialmente después de 1967: «La conquista de la “Ciudad de David” tuvo que lograrse por los descendientes directos de la Casa de David, no, mejor no pensar en ello, por los descendientes de los

duros jinetes de las estepas del Volga y el Don, los desiertos de Arabia meridional o la costa de África septentrional».

En la cuarta y última etapa, Sand salta al Estado de Israel, reuniendo pasado y presente. En el capítulo más conspicuamente político del libro, se dispone a mostrar por qué la «nación» etnobiológica construida por la cultura sionista israelí no puede constituir la base de una república secular y democrática, ya que sus premisas racistas militan contra la emergencia de una sociedad cívica dispuesta a compartir en pie de una tendencial igualdad la entidad política en la que mora. Sand, por consiguiente, aboga por que Israel se transforme en la república de sus ciudadanos, no simplemente en términos abstractos sino como un concreto dispositivo político, lo que equivale a reclamar la desionización del Estado. Su presentación aquí es un tanto artificiosa, pero el asunto es, no obstante, importante. Sand efectúa también una elocuente exposición de la tendencia científico-racista presente en el pensamiento sionista, en la que, como parte del intento de inventar un pueblo judío, una serie de pensadores abrazó las nociones eugenistas de raza que surgieron en Europa a finales del siglo XIX. Muchos lectores considerarán esto totalmente sorprendente.

¿Cómo deberíamos ponderar el conjunto del razonamiento de Sand? En sus métodos y agenda política se trasluce, por un lado, la influencia del Matzpen y, por otro, lo que podría genéricamente denominarse la perspectiva poscanaanita. El «canaanismo» —un término peyorativo aplicado por sus oponentes— hace referencia a un movimiento político-cultural activo en Palestina desde la década de los años cuarenta hasta inicios de la de los cincuenta, que consideró como su misión la revitalización de una nación hebrea primordial premonoteísta; se trataba de un programa fundado en las nociones de unidad lingüística y cultural transferidas del nacionalismo orgánico europeo. El canaanismo, surgido de la escuela del sionismo de derechas de Jabotinsky, intentó llevar al sionismo a su conclusión lógica, proponiendo un divorcio irrevocable del judaísmo que generaría un Estado territorial hebreo secularizado.

Aunque el componente político del canaanismo nunca constituyó un desafío serio para el sionismo, su crítica de la narrativa maestra de este último fue posteriormente asumida por figuras a la izquierda del consenso sionista tales como Boas Evron, con quien Sand tiene una importante deuda intelectual. Ello resulta evidente no sólo en sus conclusiones políticas, sino también en su interpretación histórica: por ejemplo, cuando Sand identifica a los judíos yidis-parlantes de Europa oriental en el siglo XIX como una nación genuina totalmente desarrollada, su razonamiento se inspira con claridad en *La hora decisiva de la nación*, 1988 (publicado en inglés en 1995 como *Jewish State or Israeli Nation?*). Éste es el trabajo en el que Evron articuló de modo más sistemático el maridaje entre un punto de vista característico del Matzpen y una especie de canaanismo de izquierdas. Aunque evita el programa político del canaanismo y sus sensibilidades propias del nacionalismo orgánico, Evron aceptó su crítica del

sionismo y su correspondiente conclusión política: que, con independencia de lo que emergiera en Palestina/Israel como resultado de la colonización sionista, se trata de una nación territorial que no es y no puede ser judía, sino que es, por el contrario, israelí. Evron abogó por la desjudaización y la desionización del Estado de Israel, por una separación fundamental entre Sinagoga y Estado, y por la transformación de éste en una república de sus ciudadanos. La demanda de que un Estado moderno sea un Estado-nación normalmente territorial no es, por supuesto, dramática o radical, pero resulta ser una herejía en el contexto del sionismo israelí y estadounidense.

En 2008 un periodista de *Haaretz* preguntó a Sand por qué la refutación del mito del pueblo judío como colectivo etnobiológico genera ansiedades tan profundas. Sand replicó que, «desde el inicio del periodo de descolonización, los colonos ya no han sido capaces de decir: “Llegamos, vencimos y ahora estamos aquí”, como dijeron los estadounidenses, los blancos en Sudáfrica y los australianos. Existe un temor muy profundo a que la duda se cierna sobre nuestro derecho a existir». Dada su conciencia de que la narración de Palestina/Israel es una narración de colonialismo de colonos, es sorprendente que Sand no logre captar la conexión existente entre los proyectos coloniales de poblamiento y el nacionalismo moderno. Constituye una importante omisión, dado el objeto de su libro y su deseo de cambiar el Estado que se fundó sobre los mitos que él describe.

Ello resulta evidente en su análisis inicial de la bibliografía existente sobre el nacionalismo, en el que no discute el corpus sobre el colonialismo de poblamiento. Sand infravalora la tesis de Benedict Anderson de que el nacionalismo apareció primero entre las colonias criollas de las Américas, porque, en su opinión, el acto fundacional de desplazamiento o, al menos, de exclusión de los indígenas y después de instalación de los colonos es de algún modo extrínseco al proceso de formación de la nación. *Imagined Communities* no es el único trabajo que ha subrayado la importancia del nacionalismo criollo o de colonos: Sand podría haber consultado un chispeante campo de estudios comparativos protagonizado por escritores como D. K. Fieldhouse, George Fredrickson, Patrick Wolfe y, un nombre imprescindible para Israel/Palestina, Gershon Shafir.

El fracaso de Sand a la hora de discutir la cuestión del colonialismo de poblamiento le conduce a la postre a suscribir la discutible distinción de Hans Kohn entre nacionalismo *völkisch* u orgánico de Europa centro-oriental, por un lado, y nacionalismo occidental, especialmente anglosajón, cívico y liberal, por otro. Tal esquema supone que el nacionalismo de las sociedades de colonos occidentales, cuya formación se basó en su pureza frente a los pueblos indígenas, fue menos *völkisch* que los casos alemán o polaco simplemente porque los primeros excluyeron a los nativos colonizados, mientras los segundos excluyeron a los judíos. Por otro lado, al ignorar la centralidad del nacionalismo de colonos para una com-

preensión del proyecto sionista israelí, Sand deja de percibir un elemento importante del tema de la «raza-nación» judía inventada, como él la denomina: el contexto en el que se produce la obsesión cada vez mayor por la pureza no fue el nacionalismo europeo en abstracto, sino específicos y concretos proyectos de poblamiento, en los que construir la inexpugnable pureza de la nación de éstos frente a los indígenas –a no ser y hasta que fueran desplazados– era absolutamente crucial.

Otro ejemplo de las consecuencias de la poca atención dedicada por Sand a este tema aflora en su discusión del Antiguo Testamento. El Tanaj sirvió de pivote para el mito del pueblo judío, afirma Sand, desde el *opus magnum* histórico de Graetz en el siglo XIX hasta el proyecto bíblico de Ben-Gurion en los años cincuenta. Pero entre Graetz y Ben-Gurion se erigió un proyecto de poblamiento real y, en particular, se produjo la limpieza étnica de 1948, en la que este último desempeñó un papel central y para la cual el Libro de José sirvió retrospectivamente de inspiración. Esto provoca una ruptura entre el uso de la Biblia hecho por Graetz y por Ben-Gurion, que es tan significativa como su continuidad. Ignorar esta diferencia supone un error no únicamente en términos intelectuales, sino también éticos y políticos, ya que desde la perspectiva de los árabes indígenas es la única cosa que importaba: la Biblia de Graetz era inocua, mientras que la de Ben-Gurion era eliminatoria.

El mensaje político del libro de Sand –que el Estado judío debe ser reemplazado por una república que ofrezca, al menos constitucionalmente, el sufragio universal– ha tenido una recepción en Israel mucho mayor que otras muchas obras contrahegemónicas. No ha sido ciertamente ignorado, que es el bien aquilatado medio de condenar un texto disidente al olvido. Sand ha recibido una amplia cobertura mediática y su libro ha sido objeto de un gran número de reseñas, entre la que se incluye la tíbiamente positiva del historiador postsionista Tom Segev. Desde la izquierda no sionista ha recibido un ataque brutalmente sardónico por parte de Yizhak Laor, quien acusó a Sand de colusión con lo que pretende criticar, como Balaam, que había sido enviado a maldecir a los Hijos de Israel pero acabó bendiciéndolos. El libro también ha tocado el nervio de dos notables representantes del centro-izquierda sionista: Israel Bartal y Anita Shapira escribieron largas reseñas intentando refutar las principales tesis de Sand así como sus argumentos más específicos; el título del texto de Shapira –Los negadores del pueblo judío– constituye un obvio intento de elevar las pujas retóricas. Tanto Bartal como Shapira intentan refutar la negación de un exilio sistemático de los judíos de Judea y la puesta en tela de juicio de la idea de que los judíos constituyen un pueblo etnobiológico, genéticamente próximo a esos exiliados de Judea. Ambos atribuyen al propio Sand la invención de un doble hombre de paja. Nosotros (los historiadores judíos prosionistas competentes y racionales), afirman Shapira y Bartal, siempre hemos sabido que la narración del exilio de los judíos de Judea es compleja y siempre hemos dicho que, dada su historia, los judíos no pueden ser un pueblo etnobiológico.

Declarar tan categóricamente que los dos mitos hegemónicos que Sand aborda constituyen su propia invención alucinatoria no es tan sólo deshonesto, sino que plantea la cuestión de la redefinición lexicográfica de deshonestidad. No obstante, a pesar de todo su desenmascaramiento metódico de estos mitos, Sand se habría situado sobre un terreno política y empíricamente mucho más firme si hubiera anclado su razonamiento en el contexto concreto y comparable de la necesidad, inherente a la construcción de un Estado de colonos, de privar de la tierra a los habitantes nativos y dotarse él mismo de pureza frente a esa comunidad indígena. Después de todo, fueron los imperativos de la desposesión colonial los que propiciaron no sólo la expulsión forzosa del pueblo palestino y la destrucción de su civilización, sino también la creación de una historia que legitimaría esas cancelaciones.